

Luna Miguel: *El coloquio de las perras*. Madrid, Capitán Swing, 2019, 165 pp.

El coloquio de las perras recupera doce figuras de la literatura hispánica –fundamentalmente hispanoamericana– orilladas por la historiografía literaria y habitualmente, con excepciones como las de Elena Garro, Gabriela Mistral o Alejandra Pizarnik, ausentes del canon. Tal y como reconoce la autora, la escritora, periodista y editora Luna Miguel, dar voz y visibilidad a estas escritoras –a muchas de las cuales ya había estudiado anteriormente, en artículos que en ocasiones han servido de base a los diferentes capítulos– “no se trata de revancha, sino más bien de una aproximación a esa justicia que merecen” (11) que entronca con otras iniciativas editoriales conducentes al rescate de voces y obras que hasta la fecha habían permanecido en un injusto segundo plano, relegadas a una posición marginal por una concepción de la literatura y de la propia condición de escritor atravesada por una mirada masculina.

El primer valor de la obra es, por tanto, el de permitir al lector descubrir una serie nombres y de obras que, en el mejor de los casos, no han ido más allá de ser una mera nota a pie de página en los manuales de literatura: Rosario Ferré, Pita Amor, Alcira Soust Scaffo, Aurora Bermúdez, Agustina González, María Emilia Cornejo, Eunice Odio, Marvel Moreno y Victoria Santa Cruz. La autora del libro se encarga de rastrear, de forma personal y asistemática, pero siempre lúcida y rigurosa, en su vida y en su obra, con un afán reivindicador que no solo pretende dar a conocer lo que hasta ahora ha permanecido silenciado incluso en los ámbitos académicos, sino también reflexionar sobre los motivos de esa exclusión. Lógicamente, semejante meditación lleva implícita la disección de los mecanismos legitimadores de poder que subyacen a la configuración del canon y, de forma especial, del campo literario y editorial, así como el estudio de la literatura como medio gnoseológico a través del que configurar la visión de la realidad y, con ello, la posición de la mujer. Trascendiendo la dicotomía estructuralista del “ángel del hogar” y la “mujer fatal”, pero siendo muy consciente de la perpetuación de los roles a los que la literatura –no solo la escrita por hombres– ha condenado a los personajes femeninos, el libro también se plantea, en la medida en que contiene una indagación biográfica en las diversas autoras, la diferencia entre ser escritor y ser escritora. Quizá no haya ejemplo más evidente de esa distinción que la que aparece al comienzo del capítulo dedicado a la mexicana Pita Amor: “Si eres hombre, poeta y alcohólico y acabaste tu vida de forma trágica, tienes todas las papeletas para convertirte en escritor maldito. Pero si eres mujer, poeta, vividora y acabaste tu vida de forma trágica, lo que

muchos dirán de ti es que fuiste una 'musa', una 'poetisa a la sombra de tu forma de vida', una 'excéntrica'" (41)

Aunque permanece latente durante todo el libro, el análisis teórico cobra especial importancia en el prólogo, el intermedio y el epílogo –sintomáticamente titulados “Tiempo de Amazonas”, “Para enterrar al escritor macho” y “Cómo recuperar la escritura de las mujeres”–, especialmente interesantes por su conexión con la actualidad y por el modo en el que Luna Miguel logra en ellos vincular algunos de los principales debates del presente asociados al feminismo con la literatura, poniendo de manifiesto que, frente al inmanentismo estético, la lectura literaria tiene siempre una dimensión contextual y que, como se pone de manifiesto sobre todo en el esbozo de lo que la autora denomina el modelo de “escritor macho”, escribir y actuar en el campo literario siempre supone una toma de postura, incluso –o, mejor dicho, sobre todo– cuando se intenta अपारतार lo contrario.

El libro es más divulgador que analítico, lo que no supone ninguna crítica, sino todo lo contrario. Es importante que títulos como *El coloquio de las perras* lleguen al mayor número de lectores posibles, y a ello ayudarán probablemente tanto las características de la edición –formalmente impecable, llena de esos pequeños detalles que hacen que el libro sea un objeto artístico en sí, e incluida en el catálogo generalista como el de Capitán Swing– como su propio contenido. No se trata de un libro académico, o al menos de un libro académico al uso, y es posible que para algunos puristas eso menoscabe su valor. Es cierto que la estructura, excesivamente atomizada, con epígrafes muy breves, impide profundizar en algunas reflexiones y que para quien estuviera familiarizado con la obra de las autoras estudiadas la lectura puede resultar decepcionante, pero también lo es que el libro es riguroso, aporta numerosos datos de interés y revela un dominio del marco teórico que, aunque no siempre se explicita, va orientando en todo momento el discurso de la autora. Lo mejor que se puede decir del libro es probablemente lo mejor que se puede decir de cualquier libro, y es que no se sale de él igual que se entra, pues su lectura no solo permite descubrir autoras –en algunos casos, como los de Pita Amor o Agustina González, con trayectorias artísticas y peripecias biográficas fascinantes–, sino también hacerse preguntas.

El coloquio de las perras es tremendamente personal, lo que se manifiesta desde el título del primer epígrafe con el que se encuentra el lector, en el propio prólogo: “Escribo esto con un poco de prisa”. La voz de la autora está presente en todo momento, y hay algo de recorrido individual a través del que va mostrando cómo se ha ido configurando como lectora –y, por extensión, como crítica– y cómo ha ido descubriendo a las diferentes escritoras de las que se ocupa. No en vano, cada uno de los capítulos se cierra con un anexo el que, a modo de carta, las interpela directamente. Lejos de ser baladí, la experiencia de Luna Miguel, que es también parte del campo literario que estudia en su condición de escritora y editora, aporta una mirada interesante por cuanto demuestra los numerosos resortes a través de los que la concepción patriarcal sigue intentado monopolizar la visión de la literatura. También resulta revelador, en este sentido, que aparezcan entrevistas y muchas referencias a casos concretos de

la actualidad –artículos de prensa, ediciones, críticas, etc.– que demuestran que el libro, pese a ocuparse de autoras del siglo xx, tiene una vocación profundamente contemporánea por la que trata de entender cómo funciona la literatura de la actualidad, y cómo muchos de los prejuicios con los que se ha leído a las mujeres siguen vigentes, por mucho que haya cada vez más concienciación para desligarse de ellos. Aludiendo a su título –procedente, por cierto, de un libro en el que la puertorriqueña Rosario Ferré trata de “desentraña la equívoca imagen que de las féminas proyectan hoy en sus novelas algunos de nuestros novelistas más famosos” (28)–, Luna Miguel cierra su libro, de hecho, reclamando la necesidad de seguir ladrando para poder ser escuchadas y para rellenar todos los vacíos que la historia literaria ha ido dejando. O, lo que es lo mismo, *El coloquio de las perras* evidencia que queda aún mucho camino por recorrer.

JAVIER SÁNCHEZ ZAPATERO
Universidad de Salamanca
zapa@usal.es